

EL BAUTISMO

El Bautismo es el sacramento fundamental. Es aquel signo salvífico establecido y fundado por Cristo, que causa la participación en su muerte y en su resurrección y, mediante ello, la destrucción del pecado y el renacer a una nueva vida. Cuatro puntos comprende su estudio: la institución por Cristo, el signo externo, la significación salvífica, la realización por medio de un ministro y un sujeto.

§ 236

La institución por Cristo*I. Bautismo precristiano*

1. En la Antigüedad existían numerosas purificaciones. Las encontramos en los misterios eleusínicos y báquicos, en el culto extraegipcio a Isis, en los misterios de Mitra; los egipcios, persas, indios, griegos, babilonios están de acuerdo en que quienquiera que se presente ante la Divinidad y esté mancillado, sea ritual o moralmente, debe lavar su impureza como se lavan las sucieda-

des del cuerpo. En ello anida una oculta esperanza de ascenso vital, sobre todo en la mística de Hermes, en Egipto, uno de los países de mayor fertilidad del antiguo mundo. Pero el acento no radica sólo en el renacer y revivir, sino en la purificación. A través de un proceso gradual de sencillas alusiones hasta una más perfecta concepción vemos que la purificación es entendida como algo natural, mágico. Cfr. Oepke βάπτω en *Kittels Wörterbuch zum NT*, I, 527-543. El bautismo del Cristianismo es de tal manera distinto, en su más íntimo sentido, de los demás bautismos extracristianos, que no cabe deducirlo de ellos. En su mismo origen es cristiano.

2. En el *mundo bíblico* tenemos lavados de carácter cultual mucho antes de Cristo. Son purificaciones de forma múltiple (lavados, baños, aspersiones). En algunas de las sectas llegaron a ser parte del culto divino, así, por ejemplo, entre los esenios. Es muy probable que el *bautismo de los prosélitos*, del que se nos da testimonio en el primer siglo del cristianismo, existiera ya antes como purificación ritual.

Un puesto especial ocupa el *bautismo de Juan* en todo el tiempo anterior a Cristo. Así como Juan fué el precursor de Jesús, también su bautismo es el precursor inmediato del bautismo cristiano. Con él se nos revela la debilidad e impotencia de todos los signos y prefiguraciones precristianos. Como todos los demás hechos salvíficos que preceden a Cristo es garantía de las promesas divinas. Pero está tan cerca la realidad prometida, que tan sólo un pequeño muro separa al creyente de la promesa de Dios.

El bautismo de Juan es expresión y confesión de la fe en el Mesías venidero. Tiene, por tanto, significación mesiánica. Incluye un cambio de manera de pensar y sentir. Es signo y realidad de la penitencia y de la conversión (*Mc.* 1, 4-11; 11, 27-33; *Io.* 1, 19-33; 3, 23-29; 10, 40; *Act.* 1, 5; 11, 16; 13, 24; 18, 25; 19, 4). Juan, como profeta enviado y con poderes de Dios, pide a sus contemporáneos se conviertan a Cristo y exterioricen esto por medio de un signo externo que lo ratifique y selle. Mas siendo el bautismo el que concede la vida divina, era menester viniese el que bautiza en el espíritu y en fuego (*Mc.* 1, 8; *Mt.* 3, 11; *Act.* 1, 5). Cristo, al igual que otros muchos, se llegó a Juan y pidió ser bautizado movido por la voluntad del Padre. Pero para Él el bautismo tenía otra significación distinta a la que tenía para los demás. El bautismo de Juan significaba para los otros

una confesión de su pecabilidad y al mismo tiempo un signo del sentimiento de penitencia y, por tanto y sobre todo, el reconocimiento de que la Ley no puede redimir. Para Cristo, en cambio, inocente, no podía tener significación de conversión. Como representante de todos los demás hombres aceptó este signo del juicio divino y de la gracia divina, expresión de la conversión humana. Cargó con la maldición del pecado a través de toda su vida sin ser El pecador, sobre todo en la muerte de cruz. Fué el siervo de Dios paciente que debía tomar sobre sí los pecados de muchos. Así superó la maldición del pecado y restableció la gloria perdida.

De esta manera el bautismo de Juan señala el final del AT. No se predicó y administró solamente porque el pueblo de Israel estuviera apartado de Dios. Más bien revela que la Ley y cuantos esfuerzos se hicieran para cumplirla eran insuficientes para destruir el poder del pecado y acarrear la venida del dominio de Dios (Schlatter, Schmid). Por otra parte, tampoco pudo comunicar y traer la nueva vida y el reino de Dios que la causara, Fué una transición.

El bautismo de Juan fué una fase en la victoria sobre la maldición del pecado y en el establecimiento del reino de Dios. Esto se ve claramente en la acción bautismal, al revelarse en ella la gloria divina de Cristo, Cabeza de toda la humanidad. En la narración del bautismo se dice: "Bautizado Jesús, al instante salió del agua. Y he aquí que vió abrírsele los cielos y el Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre El, mientras una voz del cielo decía: "Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias" (*Mt.* 3, 16-17). Así el bautismo realizado en Cristo alude al futuro, que traerá a los hombres la plenitud del espíritu y la filiación divina. Fué una promesa y al mismo tiempo una apelación a los hombres para que se preparasen a recibir el don de Dios prometido y la filiación divina.

El Concilio de Trento determinó que el bautismo de Juan no opera los mismos efectos que el bautismo cristiano (D. 857). Como prefiguraciones antiguas del bautismo tenemos también el moverse del espíritu de Dios sobre las aguas originarias, el diluvio (*I Pet.* 3. 20-21), la circuncisión (*Col.* 2, 11-12), la travesía del mar Rojo (*I Cor.* 10, 2), y por el Jordán, el siete veces reiterado baño de Naamán, el Sirio, en aguas del Jordán. Una profecía expresa del bautismo se nos da en *Ez.* 36, 25.

II. Cristo y el bautismo

Cristo instituyó el bautismo como signo salvífico del nuevo tiempo instaurado por El. Dogma de fe: Magisterio ordinario, Concilio de Trento, ses. 7.^a, can. 1; D. 857; Decreto *Lamentabili*; D. 2042.

1. Cristo no bautizó (*Io.* 4, 2; cfr. 3, 22). A veces emplea la palabra bautismo para significar su pasión y muerte (*Mc.* 10, 38-39; *Lc.* 12, 50). Pero El fué quien determinó el bautismo como signo de gracia, enseñando su necesidad (*Io.* 3, 5) y ordenando su realización general (*Mt.* 28, 18-19; *Mc.* 16, 16).

A Nicodemo le dijo: “En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos” (*Io.* 3, 5).

Según el Evangelio de San Marcos, Cristo resucitado dijo a sus discípulos. “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere se condenará” (*Mc.* 16, 15). Según San Mateo (28, 19), les dijo esto: “Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto Yo os he mandado.”

La manera de hablar de Jesús en este pasaje manifiesta que se ha alcanzado un nuevo grado en la historia de la salvación. Habla como el que tiene poder del Padre. Como ensalzado, como “Señor” (*Phil.* 2, 11), como “Hijo de Dios en poder” (*Rom.* 1, 4). Confía a sus discípulos una doble misión: deben dar testimonio de las acciones salvíficas de Dios en todo el mundo, predicándolas a todos y aquéllos que las acepten serán bautizados. Lo primero es el presupuesto de lo segundo. Palabra y sacramento son los modos como debe llegar a los hombres la salvación según el encargo de Cristo. El hombre se salva por su fe obediente a la palabra y aceptando el Bautismo.

El encargo de Jesús para sus discípulos contiene una de las palabras más importantes del Evangelio. Así se comprende que en torno a la realidad y sentido de estas palabras se haya montado una polémica tan violenta.

La *historicidad* del encargo de Jesús es negada por todos aquellos que no admiten la resurrección y la divinidad de Cristo. Un apriorismo doctrinal y religioso explica esta postura negativa, que

ya hemos rebatido y puesto en claro en otras partes (Cfr. § 158), es a saber, la creencia previa de que la resurrección de Cristo no fué posible y por tanto real.

Contra la autenticidad del mandato de bautizar se opone también otra razón: la de que es la única palabra en la que, según los sinópticos, Jesús nos habla del bautismo. Además tanto los *Hechos de los Apóstoles* (2, 38; 8, 6; 10, 48; 19, 5) y San Pablo (*Rom.* 6, 3; *I Cor.* 1, 13; 6, 11; *Gal.* 3, 27; *Eph.* 4, 5) solamente conocen un bautismo en el nombre de Jesús, no en el de la Trinidad. A esto hay que contestar: aunque Jesús comúnmente no hable del bautismo, sino sólo de la conversión, del cumplimiento de los mandamientos y de la fe en El, con todo, por el testimonio de los *Hechos* y de los Apóstoles está comprobado que la Iglesia primitiva desde el día de Pentecostés administró el bautismo y enseñó su necesidad para salvarse (*Act.* 2, 38, 41; 8, 12-13; 16, 36, 38; 9, 18; 10, 47-48; 16, 15, 33; 18, 8; 19, 3-5). Lo mismo atestigua San Pablo (*I Cor.* 1, 14-15). San Pablo no conoce cristiano alguno que no esté bautizado. La realidad de que la Iglesia primitiva tuviera desde sus orígenes el Bautismo y le concediera tal importancia sólo se comprende si la administración del Bautismo se basa en un mandato de Jesús.

En cuanto a la otra objeción de que el mandato de un bautismo trinitario es una fórmula litúrgica y puede, por tanto, no tener su origen en Cristo, ya que la formación de fórmulas litúrgicas no es cosa propia suya y porque la Iglesia primitiva, según el testimonio de los *Hechos de los Apóstoles* y de San Pablo, tan sólo nos hablan del Bautismo en el nombre de Jesús, no tiene fuerza alguna.

Ni el mandato de bautizar ni el testimonio del Bautismo en el nombre de Jesús deben ser entendidos según su texto como las fórmulas del bautismo. No se puede decir que Cristo transmitiera directamente las fórmulas litúrgicas. Tan sólo dispuso un bautismo que se distinguiera de todos los demás por su procedencia de Dios trino y por incorporar al bautizado a El. La manera concreta de realizarlo debía tener en cuenta estos caracteres. Así las palabras de Cristo tendían a la Liturgia y servían como fórmula de la misma. Que el mandato de bautizar fué entendido por la primitiva Iglesia como fórmula del bautismo lo atestigua la *Doctrina de los Doce Apóstoles* (7, 1, 3), que a pesar de decir que el bautismo debe ser administrado en la fórmula trinitaria, reconoce el bautismo en el "nombre de Jesús" (9, 5). Un caso

parecido encontramos en Justino, en Tertuliano, en Irineo y en Orígenes, entre otros.

¿Cuándo instituyó Jesús el Bautismo como signo de salvación? Santo Tomás de Aquino es de la opinión de que Cristo estableció el sacramento del Bautismo en su bautismo por Juan, al ser entonces santificada el agua y haber recibido la fuerza santificante. La obligación de recibirlo la estableció después de su muerte, puesto que por el Bautismo es configurado el hombre igualmente en la Pasión y Resurrección, con lo que éstas debían ya haber tenido lugar antes de que se bautizase (Cfr. J. Lechner, *Die Sakramentenlehre des Richard von Mediavilla*, 1925, 99-100).

No obstante hay que añadir que el bautismo no consiguió su eficacia para la Iglesia hasta después de la venida del Espíritu Santo, por ser El quien vivifica lo que ya existía ineficazmente.

2. De hecho el bautismo cristiano no aparece en parte alguna hasta el primer día de Pentecostés (Cfr. vol. IV, § 168). Es en el sermón del Apóstol Pedro en el día de Pentecostés cuando la exigencia del bautismo se hace ineludible: "Haced penitencia y cada uno de vosotros bautícese en el nombre de Jesús para remisión de sus pecados. Así recibiréis los dones del Espíritu Santo" (*Act.* 2, 38). Unos tres mil se bautizaron (*Act.* 2, 41). De esta manera se realizó la entrega y ordenación a Cristo y la incorporación a la comunidad de los "santificados" (*Act.* 8, 12; 16, 36, 38; 9, 18; 10, 47-48; 16, 15, 33; 18, 8; 19, 5; 22, 16).

Según las *Epístolas de San Pablo* el bautismo es el camino y el modo como se introduce el que cree en Cristo en la muerte y en la gloria del mismo (por ejemplo, *Rom.* 6, 3; *I Cor.* 12, 13; *Eph.* 4, 5; *Tit.* 3, 5). Véase la doctrina de la causalidad del bautismo.

III. El bautismo en la Iglesia primitiva

1. El hecho de que tanto en los Evangelios sinópticos como en los *Hechos de los Apóstoles* se nos dé un testimonio continuo de que el bautismo es un signo salvífico eficaz administrado desde el principio, ya antes de que la Iglesia invadiera el mundo helénico, demuestra la insostenibilidad de la opinión de algunos historiadores de las religiones, que sostienen que el bautismo originariamente no fué más que un rito simbólico de la admisión en el Cristianismo.

Según ello San Pablo fué quien instituyó el bautismo del espíritu inspirándose en las ceremonias de iniciación y consagración ritual del culto pagano de misterios.

Es verdad que las ceremonias bautismales eran muy corrientes en el mundo helénico. Sin embargo, *no existe dependencia esencial* alguna entre el bautismo cristiano y las purificaciones extracristianas, siendo esencial e internamente distinto el bautismo cristiano de las otras purificaciones religiosas no cristianas. Lo cual se debe a la relación del bautismo cristiano a Cristo (Cfr. volumen III, § 139, y vol IV, § 169), a la manera de causar del bautismo y de la salud operada por él. En el bautismo es Dios quien obra por medio de Cristo. No produce sólo pureza ritual, sino renovación real e interna y destrucción del pecado.

Al establecer Cristo el bautismo como signo salvífico incorporó a su obra salvífica una antigua costumbre, muy extendida por doquier, y la colmó de su gloria al relacionarla con su Pasión y muerte (*Lc.* 12, 50; *Mc.* 10, 38-39).

Algunas de las ceremonias bautismales no esenciales, como puede verse, están relacionadas con los ritos paganos o están tomadas de ellos. Pero incluso en este caso, al ser añadidas a la acción bautismal, sufrieron un cambio de sentido. No fueron más que el material al que la ley configuradora del bautismo cristiano ha dado forma, pasando a ser parte integrante del mismo.

2. En la *Tradición* aparece el bautismo desde el principio como signo principal de la gracia. Se tuvo una conciencia más viva del bautismo que en los tiempos posteriores. Recibir el bautismo significaba conversión. El que se dejaba bautizar rompía con todas sus creencias anteriores y con sus formas de vida. En general, incluso rompía con el círculo de sus amistades. El bautismo era, por tanto, un paso decisivo en la vida. Por esto hablar de la vida cristiana equivalía a hablar del bautismo, que la cimentaba. Los Padres hablan con gran emoción del bautismo, con alegría y gratitud, señalando su gran importancia. Esta alta estima de los Padres se expresa en las numerosas denominaciones dadas al sacramento del Bautismo. Se le llama el sacramento del baño bautismal, del lavado, del renacer a la vida, de la iniciación. Pero sobre todo el nombre de iluminación fué una de las denominaciones del Bautismo. Véase A. von Harnack, *Die Terminologie der Wiedergeburt und verwandter Erlebnisse in der ältesten Kirche* (Texte und Untersuchungen (1918) 42, 2). Fr. J. Dölger,

Sphragis. Eine altchristliche Taufbezeichnung in ihren Beziehungen zur profanen und zur religiösen Kultur des Altertums (1911). Esta creencia de los Padres quedará explicada mediante algunos pocos ejemplos.

Irineo observa en su *Demostración de la predicación evangélica* I, 1): "El bautismo se realiza, al renacer nosotros, de esta triple manera (invocación de la Trinidad), al ser el Padre el que nos concede la gracia de nacer de nuevo por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Pues los que reciban el Espíritu Santo y lo lleven en sí serán guiados hacia el Logos, es decir, el Hijo. El Hijo, a su vez, los llevará al Padre y el Padre les hará partícipes de la indestructibilidad. Sin el Espíritu nadie verá al Hijo y sin el Hijo nadie llegará al Padre. La ciencia y conocimiento de quien es el Hijo se consigue por medio del Espíritu Santo. El Espíritu es dado por el Hijo a quienes el Padre así lo quiere y como El quiere." *San Ambrosio*, en su *Comentario al Evangelio de San Lucas*, dice: "Donde está la fe allí está el sacramento, que es el santuario y morada de la santidad. Un cuerpo es la Iglesia en el que somos renovados por la gracia del Bautismo en el espíritu y por el que el atardecer de la edad se rejuvenece por la mañana de la vida." *San Juan Crisóstomo*, en su *Comentario a la Epístola a los Colosenses*, nos dice, hablando del Bautismo: "Dios tomó el polvo de la tierra y formó al hombre; ahora, en cambio, no toma el polvo de la tierra, sino el Espíritu Santo, formando al hombre de El, configurándole como el mismo Cristo en el seno de una Virgen... No debes pensar que habita en la tierra por tenerla bajo sus pies. Está colocado en el cielo en medio de los ángeles. Dios toma también tu alma y la coloca allí, transformándola y te da lugar junto a su trono regio." *San Cirilo de Jerusalén*, en una de sus *Catequesis a los catecúmenos* (3, 2), nos dice: "En el baño bautismal no debes ver el agua corriente y normal, sino atiende más bien a la gracia espiritual que se te da con el agua. Así como los dones que se ofrecen en los altares (de los paganos) son cosas naturales corrientes y merced a la invocación de los dioses quedan mancilladas, del mismo modo el agua natural recibe una fuerza y virtud santa a causa de la invocación del Espíritu Santo, de Cristo y del Padre." En una de las *Catequesis mistagógicas*, falsamente atribuída a él, pero que es de su sucesor, el obispo Juan de Jerusalén, se les dice a los catecúmenos lo siguiente: "Habéis sido llevados a la fuente santa del santo bautismo, como Cristo fué conducido de la cruz al sepulcro, que estaba allí cerca. Y a cada uno de vosotros se os ha preguntado si creéis en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Todos confesasteis y os inmergisteis tres veces en el agua para salir de ella de nuevo; así habéis simbolizado el descanso durante tres días de Cristo en el sepulcro. Así como nuestro Redentor pasó tres días y tres noches en el seno de la tierra, también vosotros en ese entrar y salir del agua imitais a Cristo, que pasó tres días bajo la tierra. Y así como de noche no se ve, mientras que de día se camina en la luz, tampoco vosotros visteis nada al estar sumergidos en el agua, mientras que al salir de ella se os hizo de día. Habéis, pues, muerto y nacido a la vez. Aquella agua saludable ha sido para vosotros sepulcro y seno maternal a un tiempo... De

vosotros puede decirse: es tiempo de muerte y de vida el vuestro. Ambos operan a la vez: porque con vuestra muerte se operó vuestro nacimiento. ¡Algo sorprendente y maravilloso! No hemos muerto realmente ni hemos sido enterrados y después de la crucifixión resucitados, sino que sólo ocurre esto en la imitación y en la imagen, pero la salud se nos da en realidad. Cristo fué crucificado verdaderamente y enterrado y realmente resucitó. Todo esto se nos atribuye ahora a nosotros de una manera gratuita, para que al participar por la imitación de sus sufrimientos y Pasión alcancemos realmente la salud. ¡Oh amor inagotable para con el hombre! Cristo tomó en sus manos inocentes y en sus pies los clavos y padeció el dolor, y ahora me da a mí, sin dolor ni sacrificio, la salud, mediante la comunidad con su Pasión." Tertuliano fué el primero que escribió una monografía sobre el Bautismo (*De baptismo*).

Entre los testimonios más expresivos de los Padres de la Iglesia y de los escritores eclesiásticos tenemos las inscripciones y epitafios de las catacumbas, las inscripciones sepulcrales de los siglos IV y V y otros monumentos de la antigüedad cristiana. Especialmente es de interés la inscripción marmórea del baptisterio de la iglesia laterana en Roma, que data del siglo V, por ser esta iglesia una de las pilas bautismales más antiguas y más importantes del Occidente. Dice así: "La Iglesia concibe a sus hijos virginalmente en el Espíritu Santo y los engendra en el agua. Si quieres ser inocente purifícate en este baño, tanto si pesan sobre ti el pecado original como los pecados personales. Es ésta la fuente de la vida que limpia a todo el universo y que arranca de las heridas de Cristo. Esperad el reino de los cielos los que habéis renacido en esta fuente."

Aparece aquí reflejada la gran importancia y el puesto especial que tuvo en la antigüedad cristiana el bautismo. Desde muy antiguo existieron casas bautismales, en general unidas a la Iglesia episcopal. Normalmente estaban construídas mirando hacia Oriente y dedicadas a San Juan Bautista. La basílica lateranense mereció el nombre de Madre y Cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del orbe.

Son muy instructivas las *representaciones del bautismo* en los baptisterios, por ejemplo en las puertas de la capilla baptismal de Florencia o en las puertas de la iglesia de Chartres. En ellas se nos representa toda la historia de la salud para hacer resaltar la importancia del bautismo. En estas representaciones, como toda la historia soteriológica anterior a Cristo, encuentra en Él su cumplimiento y realización y en la participación del hombre a la obra salvífica de Cristo. De esta forma la historia

salvífica anterior a Cristo no es más que una prehistoria como lo es de todo bautizado. Todo bautismo descansa y se basa en la historia salvífica que culmina en Cristo y cada bautismo es a su vez el efecto y repercusión de todos los hechos salvíficos de Dios.